

Comenzar de cero final.indd 1 05/01/2021 14:59:01



Comenzar de cero final.indd 2 05/01/2021 14:59:01

COMENZAR DE CERO

Pedagogía de un exilio americano



Comenzar de cero final.indd 3 05/01/2021 14:59:01



Comenzar de cero final.indd 4 05/01/2021 14:59:01

Gonzalo Navajas

COMENZAR DE CERO

Pedagogía de un exilio americano

ediciones ALFAR
Sevilla

Comenzar de cero final.indd 5 05/01/2021 14:59:02

Otras Narrativas
Edición a cargo de Luis M. Oliva Lucas
Detalle de portada: figuras de bronce (Sus Viajeros —o Les Voyageurs—) del escultor Bruno Catalano en Venecia con motivo de la 58º Bienal y en colaboración con Ravagnan Gallery.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ediciones ALFAR

© Gonzalo Navajas
Con agradecimiento a la UCI Humanities Commons
por la beca concedida para la publicación de este libro.
© Ediciones Alfar S. A.
Pol. Ind. Store. Calle Destornillador, 3.6. 41008 SEVILLA
www.edicionesalfar.es/alfar@edicionesalfar.es
ISBN: 978-84-7898-881-5
Dep. Leg.: SE 31-2021
Imprime: ServicePoint
Impreso en España / *Printed in Spain*

Aunque compuesto de elementos históricos y documentales objetivos, este es un texto de ficción y queda situado dentro de los parámetros y expectativas propios de los textos de ficción. Sus posibles parecidos con la realidad son estrictamente casuales.

ediciones ALFAR



Comenzar de cero final.indd 8 05/01/2021 14:59:02

A todos los que
emprendieron también el viaje

«Pour l'essentiel, l'homme est ce qu'il cache: un misérable petit tas de secrets».

André Malraux, *Les noyers de l'Altenburg*.

«En lo esencial, el hombre es lo que oculta: un miserable pequeño montón de secretos».

André Malraux, *Los nogales de Altenburg*.

ediciones ALFAR


ediciones
ALFAR

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA 11

PRIMERA PARTE 15

Primero, el descenso 17
Una primera lectura de *La náusea* 19
El edén salesiano 24
La semana de Ejercicios 32
El cuerpo, siempre 52

Un tiempo turbulento 57
Primera llegada a la Academia 59
La nueva cuestión religiosa 75
Profesión: Autodidacta 78
Una universidad sin maestros 88
La fiesta de París 92
Servir a la Patria 101
La partida 122

SEGUNDA PARTE 129

El salto al vacío 131
Primer relato de Los Ángeles 133
Los Angeles Passion 143
En el estrecho de Puget Sound con Henry David Thoreau 155
El tranvía de Saint Charles Avenue 169
Bye bye New Orleans 185

ediciones ALFAR

Otro retorno 189
La existencia de Ítaca 191
Durruti en Montjuic 207
New York, New York 212

El Dorado de nuevo 225
El diario de un suicida 227
La empatía de la escritura 237

El último reencuentro 251

ediciones ALFAR

Nota introductoria

El narrador de este relato ha pasado gran parte de su vida en el mundo académico y, más específicamente, el universitario. Su entorno físico más visible han sido las aulas, los salones de conferencias, los seminarios y los congresos. No es ese, sin embargo, el núcleo de su relato. Aunque aparecen menciones a ese medio, esas referencias son secundarias, una justificación o motivación inicial para su proyecto narrativo. La narración se concentra no tanto en los datos más ostensibles de una biografía y perfil profesionales como en lo que queda encubierto por debajo de ellos, unas veces motivándolos y otras contradiciéndolos o subvirtiéndolos abierta o veladamente. El yo narrativo en primera persona es una proyección reconfigurada del yo del autor en el marco de la historia española y americana contemporánea. El relato explora los componentes existenciales subyacentes de una vida académica que, en principio, ha estado envuelta en la relativa calma de los claustros universitarios. Por debajo de esa aparente apacibilidad es posible descubrir una corriente vital activa, generada a partir de datos y hechos intensos e incluso dramáticos que trascienden el mundo académico y quedan vinculados a la experiencia humana en general.

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 13 05/01/2021 14:59:02



Comenzar de cero final.indd 14 05/01/2021 14:59:02

PRIMERA PARTE

ediciones ALFAR


ediciones
ALFAR

Primero, el descenso

ediciones ALFAR



Comenzar de cero final.indd 18 05/01/2021 14:59:02

Una primera lectura de *La náusea*

Yo no tendría que estar aquí.

No porque no me lo merezca o porque no haya hecho suficientes méritos para permanecer en el mundo, sino porque las probabilidades de que así fuera no eran, en principio, demasiado favorables. Todo tenía que haber acabado hace muchos años y, en ese caso, todos los hechos que se han sucedido posteriormente no hubieran ocurrido ni siquiera como una figuración improbable y quimérica. No obstante, puesto que, contra los pronósticos y contra mis propias previsiones durante ese periodo de mi vida, todavía estoy aquí, presente en el mundo y, además, dispongo afortunadamente aún de la suficiente claridad de mente y de juicio como para poder referirme con relativa lucidez a todo ese tiempo, me he decidido a escribir sobre ello. Es posible incluso que todos esos años de excepción que me correspondió vivir como un suplemento añadido de mi vida puedan contener alguna utilidad, a modo de contraste o ejemplo, para aquellos que se hallen en situaciones similares o afines a la mía.

Empezaré mi relato de inmediato, y como no concibo mi vida de una manera lineal y progresiva, sino que la percibo como un mosaico de segmentos inconexos que es preciso componer y organizar para darles sentido, lo haré no desde el principio, sino a partir de un momento crítico del pasado que había de tener ramificaciones decisivas para mí y cuyas consecuencias se prolongan, además, hasta la actualidad.

En ese momento (1962), yo tenía dieciséis años. Estaba por acabar mis estudios de bachillerato y entrar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona para iniciarme en mis estudios de lo que se llamaba en esa época Filología y Lingüística

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 19 05/01/2021 14:59:02

Españolas. Yo había sido siempre un estudiante sobresaliente, mi familia era estable, tenía unos padres irreprochables que me querían a mí y a mis hermanos de un modo incondicional y firme del que no podía tener ninguna duda y que debía asegurarme que mi situación y posición en el mundo eran sólidas. En principio, debía ser feliz y sentirme confortado por todo lo que la vida me ofrecía y, sin embargo, yo me sentía como una persona irremisiblemente desdichada.

Tenía dieciséis años y solo pensaba en marchar y huir de mí mismo, mi familia, el colegio de los padres salesianos en el que estudiaba mi último año de bachillerato y entregarme a una desesperación sin límites. Tenía dieciséis años y para mí la vida podía y tal vez debía terminar lo antes posible. Por una parte, quería vivir con la mayor intensidad y fuerza posible, pero, por otra, había un impulso en mí que me arrastraba a la anulación de mí mismo y de todas mis ambiciones y proyectos. La tensión entre esas dos pulsiones antagonísticas iba a condicionar los próximos años de mi vida de manera determinante y seguiría definiendo gran parte de mis actos por el resto de mi existencia.

Yo intuía que frente a la fuerza de la destrucción —que acompaña a menudo a las figuraciones de la inteligencia— debía prevalecer la decisión de la voluntad. La inteligencia puede llevarnos a tratar de comprender y explicar lo que es descifrable, las preguntas inescrutables que me siguen turbando a mí y siguen perturbando a muchos otros seres humanos: ¿Está justificado el sufrimiento tanto individual como colectivo? ¿Es justo que una minoría ínfima de seres humanos se beneficie de unas condiciones de vida desorbitadamente únicas y privilegiadas que son incomprensibles y ofensivas frente a la desgracia de una gran parte de la humanidad? ¿Cómo explicar el que uno tenga que desaparecer para siempre y que, además, ese hecho ocurra en el dolor y la desolación?

A partir de la inteligencia solamente, no hay explicación suficientemente satisfactoria para estas preguntas que han perturbado y siguen perturbando a la humanidad desde el principio de la historia. Aprender que la inteligencia no es suficiente, que hay que dar mar-

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 20 05/01/2021 14:59:02

gen, tal vez incluso prioridad y a veces absoluto dominio, a la voluntad para enfrentarse a las interrogaciones y los callejones sin salida de la historia personal y colectiva me ha llevado mucho tiempo y esfuerzo, pero pienso que ha sido finalmente una de las lecciones que he aprendido para resolverme a seguir viviendo a pesar de que, desde una perspectiva estrictamente lógica y racional, yo había concluido que no merecía la pena seguir haciéndolo. Primera consecuencia de esta reflexión: el poder de la voluntad debe sobreimponerse al análisis de la inteligencia en los momentos más cruciales de la existencia.

A los dieciséis años carecía de esa capacidad y esa visión. Y esa es una razón primordial de mi situación en ese momento. La inteligencia carecía todavía del saber para dar respuesta a sus preguntas y la voluntad desconocía el alcance de su poder y la estrategia apropiada para llevarlo a cabo y ponerlo en práctica de manera efectiva. Quería saber más y más, ilimitadamente, pero carecía de los medios para canalizar ese impulso y realizaba actos y emprendía acciones que no proporcionaban una resolución a mi inseguridad y angustia, sino que las magnificaban exponencialmente. Buscaba, quería respuestas, pero no sabía cómo hacerlo. Recuerdo numerosos ejemplos de esta discordancia entre racionalidad y voluntad y mi incapacidad para hallar un acuerdo o pacto productivo entre ellas. Este es un ejemplo ilustrativo.

En esa época, le encargué a un compañero mío del colegio que iba a hacer un viaje a Grenoble para visitar a un hermano que estaba estudiando en esa ciudad que me comprara un ejemplar de *La náusea* de Jean-Paul Sartre. Mi amigo, Pere, era excelente en matemáticas, quería dedicarse a los estudios de ingeniería y no tenía ninguna información sobre la literatura, la novela o el mundo de la cultura escrita. Y, menos todavía, sobre un autor extranjero, cuyas obras estaban prohibidas o eran semiclandestinas en la España de esa época. Pere marchó a Grenoble con mi encargo y, cuando regresó al cabo de unas semanas, me trajo una edición especial numerada de *La nausée* (número 1059), con cubiertas duras y acuarelas en color que le había costado mucho más que las ediciones de bolsillo

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 21 05/01/2021 14:59:02

de la misma obra que con seguridad el librero que le atendió no tenía demasiado interés en venderle.

Ese libro significó para mí una vía de apertura al mismo tiempo que el incremento de mi desconcierto y ansiedad personales. Yo era —o me sentía— diferente a todos mis compañeros de colegio y de clase. Era el «empollón,» el que se dedicada a las Letras, al griego y al latín, y leía *La Eneida* y los discursos de Demóstenes en el original, y el que prefería el teatro al cine y el pasarse una tarde de domingo leyendo en lugar de en una fiesta o en lo que en esa época reprimida y miedosa se llamaban guateques, el que no profería nunca palabras groseras ni fuertes, el que asistía a los ejercicios espirituales con aparente devoción y recogimiento. El que era diferente, y esa otredad, el no ser como los demás, me identificaba como alguien a quien los compañeros podían señalar y marginar. La diferencia, el ser-otro fue la maldición para mí en aquellos años de mi primera adolescencia y hasta que no aprendí la estrategia apropiada para preservar mi identidad personal y diferencial, el hecho de ser yo mismo, y al mismo tiempo interactuar con la mayoría de mis compañeros que no eran como yo, no pude lograr sobrevivir en lo que para mí era un desafío que en esos momentos, en esos primeros años fundamentales y decisivos de mi vida, no podía aproximar con alguna posibilidad de éxito.

El combate entre mi inteligencia que no comprendía cómo se podía evadir esa situación, para mí aparentemente irresoluble en la que me hallaba, y mi impulso de seguir viviendo por encima y más allá de la evidencia en contra de hacerlo se prolongaría por largo tiempo y en realidad ha constituido uno de los temas dominantes de mi vida. Ser yo sin traicionarme del todo y funcionar efectivamente en el medio social en el que debía moverme. En esos años, el sentimiento que predominaba en mí era el de que yo no era capaz, como los demás, de hallar la fórmula para lo que para mí equivalía en ese momento a nadar y guardar la ropa, no ser yo mismo, caer en la hipocresía y el abandono de mis convicciones más profundas. Necesitaba tener amigos, pero todos eran tan diferentes de mí que no podía integrarme en sus grupos, que me parecían tribales y excluyentes y a los

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 22 05/01/2021 14:59:02

que yo no podía ser asimilado. En lugar de ayudarme, mi lectura de *La náusea* aumentó mi autoimagen de estar alienado de mi entorno humano. Retrospectivamente veo con claridad que esa lectura fue errónea y quedaba fuera de tiempo y, además, la situación se veía agudizada porque yo carecía —como luego iría descubriendo les ocurrió a otros jóvenes españoles de la época como yo— de los mentores y consejeros que me ayudaran a encaminar y guiar mi impulso de saber y hallar respuestas. Un consejo u opinión dado a tiempo hubiera servido para corregirme y llevarme hacia lecturas más apropiadas para mí en ese momento. Como en tantos otros temas, el autodidacticismo y la soledad intelectual y cultural determinaron mis primeros pasos por el complejo mundo de las ideas.

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 23 05/01/2021 14:59:02

Existía también la cuestión de la separación social. En una sociedad estratificada y clasista como era la española y la catalana de esos años, yo pertenecía a una familia numerosa con cinco hijos que hacía todo lo necesario para sobrevivir y no verse abrumada por las necesidades más imperativas. Mi padre debía trabajar sin límites de tiempo para poder sufragar los costos de la educación de todos los hijos que estudiaban en un colegio de religiosos, lo que llevaba a la familia a suprimir todos los gastos que no fueran estrictamente necesarios. Los primeros años del bachillerato los hice en un colegio de los salesianos, próximo a casa. Luego, los últimos años del bachillerato superior los seguí en un colegio de la parte alta de Barcelona en el que la matrícula y la media pensión eran considerables, lo que de inmediato significaba que mis compañeros en su mayoría pertenecían a familias económica y socialmente de posición más elevada que la mía. A pesar de ello, mis padres insistieron en que estudiara allí en lugar de en un colegio público porque pensaban que la educación sería más apropiada para mí.

Por mis conversaciones con mis compañeros, yo era consciente de que mi situación no era como la suya. Ni el barrio donde vivía en la parte baja de la ciudad, próxima a lo que en la actualidad es El Raval y el Poble Sec, que hoy se llama Sant Antoni, ni mi modo de vestir, ni los lugares que frecuentaba se correspondían con los de mis compañeros. Yo pertenecía a otro grupo social y ese hecho acrecentaba mi sentimiento de aislamiento y diferencia. Aprendí pronto que debería suplir la diferencia social con otras cualidades en las que yo podía afirmarme como individuo independientemente de mi origen.

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 24 05/01/2021 14:59:02

El colegio de los salesianos de Horta tuvo un papel determinante para mí en ese periodo. El trayecto desde mi casa hasta el colegio era largo y laborioso. Tenía que coger el metro a las seis y media de la mañana, la línea roja, que me llevaba desde la estación de Rocafort, en la Gran Vía, hasta una parada que en esa época se llamaba Vilapiscina. Luego de allí tenía que ir a pie por entre unos descampados hasta la plaza de Ibiza y de allí subir por una calle empinada y larga que me llevaba hasta el colegio donde llegaba a las ocho de la mañana. A la salida del colegio, a las siete de la tarde, el trayecto era el mismo, pero a la inversa, con la ventaja de que el camino era de descenso y, por tanto, más rápido. Llegaba a casa a las ocho y media, cenaba solo porque mis hermanos y mis padres lo hacían más tarde y luego me ponía a hacer las tareas de los seis o siete cursos que tomaba y que solían requerir dos o tres horas de trabajo. Con frecuencia me iba a dormir pasadas las once de la noche y luego tenía que despertarme a las cinco y media, lavarme, desayunar y marchar para coger el metro para mi largo viaje hasta el colegio.

Los días de lluvia, que eran frecuentes en el invierno, me llevaba un paraguas que me protegía de la lluvia, pero no me era útil para cruzar por los caminos que me llevaban al colegio cada día. Recuerdo que siempre iba con sueño y más de una vez me había dormido en el asiento del metro, sobre todo en las últimas paradas cuando los vagones empezaban a vaciarse. Tenía la suerte de que mi parada era la última del trayecto y, al llegar a ella, era obligatorio bajarse y pasaba el revisor para asegurarse de que todo el mundo hubiera descendido de los vagones. Algún revisor me despertaba con malas maneras gritándome «pero qué haces, no ves que ya hemos *llegao*, bájate de una vez»; otros, por el contrario, eran amables conmigo y me tocaban el brazo recordándome que habíamos llegado al final de trayecto. En esa época tener dieciséis años no se correspondía con la situación más propicia en que se encuentran los adolescentes ahora, en la que la consideración hacia sus sentimientos e inseguridades es imperativa por parte de los adultos que los tratan tanto en la familia como en los colegios y las escuelas. Por el contrario, el maltrato y la

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 25 05/01/2021 14:59:02

condescendencia eran comunes y yo tenía la ocasión de experimentarlo con regularidad en el metro de Barcelona y en otros lugares.

En mis estudios, yo siempre había sido un alumno ejemplar, incluso modélico. Mis calificaciones eran excelentes en todas las asignaturas, con la excepción de las matemáticas, en las que tenía que hacer un esfuerzo extraordinario para conseguir tan solo unos resultados precarios. No sé si eso era debido tanto a mis insuficiencias como a que no fui afortunado con mis profesores en esa materia. Recuerdo en particular a un profesor que tuve desde segundo a cuarto de bachillerato. Se llamaba don Agustín y, además de profesor, era el padre consejero de todo el colegio. Recuerdo su fisonomía tan precisamente que estoy seguro de que, si volviera a encontrármelo hoy mismo tal como era en esos años, lo reconocería de inmediato. Era rechoncho y tenía un estómago grande y protuberante que sobresalía de su sotana negra que le llegaba hasta los pies. Llevaba unas gafas con una montura negra y unos cristales muy gruesos que aumentaban su aspecto distante y siniestro. Nosotros le llamábamos «El búho» y su presencia en los pasillos del colegio, en las escaleras, en el patio, en la iglesia despertaba un temor inmediato e irreprimible en todos nosotros. Mostraba siempre una campanilla de bronce dorada que empleaba para llamar la atención en todos los momentos en que fuera preciso. Su especialidad era dar coscorrones con el borde de la campana a modo de castigo contra todos los que supuestamente contravenían las reglas generales del colegio y sus admoniciones personales a los alumnos. En algún momento de ira había llegado incluso a arrojar la campana contra alguno de los alumnos menos obedientes que se resistían o no se acomodaban a su régimen disciplinario. Nos inspiraba terror. Ahora supongo que habrá fallecido ya o será un venerable e incluso amable anciano que seguirá leyendo la *Imitación de Cristo* o el breviario de oraciones para todas las horas del día, que nos decía eran sus lecturas preferidas.

En el colegio de Horta, como yo estaba incluido dentro del bachillerato de letras, no tenía que estudiar matemáticas, lo cual para mí fue una liberación, pero tenía que estudiar química, como

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 26 05/01/2021 14:59:02

la única asignatura de ciencias del programa que yo debía seguir y que incluía latín y griego avanzados y literatura francesa. La química no me disgustaba como materia porque implicaba experimentos y trabajo de laboratorio, pero yo era reacio a estar en el curso porque el profesor, que también era un sacerdote y padre consejero como don Agustín, era lo que en la actualidad se clasificaría como un pedófilo. Mis compañeros lo evadían porque tenía fama de aprovecharse de los alumnos cuando se encontraba solo con ellos. Yo evitaba esa situación y creo que mi rechazo hacia la química fue como repulsión hacia él y sus modos de actuación con mis compañeros. A mí intentó acercárseme en una ocasión en que me encontré accidentalmente solo en el laboratorio con él, me cogió de la mano, me acarició la cara acercándose a mí y, entre sonrisas, me dijo que yo era uno de sus alumnos predilectos. Me sentí intimidado, pero saqué una fortaleza que debía tener oculta en algún lugar secreto de mi alma o mi carácter y mi actitud supongo que le hizo desistir del intento. En la actualidad, tal vez hubiera sido reprendido o disciplinado, pero en esos años los padres del colegio eran intocables y nadie se hubiera atrevido a cuestionarlo y menos a denunciarlo.

Yo era un estudiante modelo, que, al llegar al filo de los dieciséis años, entró en una crisis extraña e inesperada. No supe nunca las razones que desencadenaron los hechos que me transformaron en otra persona. Creo que fue una combinación de mi agotamiento físico y mental. El trayecto de mi casa al colegio era extenuante. No dormía lo suficiente, me sentía siempre fatigado y empecé a perder confianza en mí mismo. Pasé de tener la seguridad de que todo me era posible y de que los sobresalientes y las matrículas de honor eran el modo permanente e inmutable de mi trayectoria en el colegio a tener dudas sobre mí mismo. Creo que, a causa de mi fatiga, dejé de ser el estudiante brillante de siempre y los resultados en alguno de mis cursos en particular empezaron a reflejar la diferencia. Mi profesor de filosofía, al que llamábamos «El caballo» por su mandíbula ancha y desencajada y sus dientes largos y protuberantes, me recriminaba en clase delante de todos que ya no era el mismo de

edicones ALIAR

Comenzar de cero final.indd 27 05/01/2021 14:59:02

antes y que estaba volviéndome un holgazán. «Increíble, me estás decepcionando, no me esperaba esto de ti —me decía con sorna—. No estudias y los resultados están a la vista». No era cierto, yo estudiaba tanto como antes, pero en algunas materias, como la química y la filosofía, los resultados no eran lo esperado. Mi imagen previa se deterioraba de manera creciente y eso me causaba una angustia que acabaría conmigo. Necesitaba apoyo en lugar de recriminaciones, pero en aquel ambiente de estrechez mental y de represión de los sentimientos y emociones eso no era realizable. Yo me sentía empequeñecer en clase cuando «El caballo» me hacía una pregunta sobre algún silogismo absurdo que él había aprendido en algún libro de escolástica, que era todo lo que conocía aquel hombre ignorante y amargado con un limitado y mediocre horizonte humano y cultural. Yo le menospreciaba por ello porque intuía que su sentido de superioridad sobre mí se manifestaba con mi humillación porque a él también lo humillaban los otros sacerdotes del colegio que tenían autoridad sobre él. Pero en clase yo escuchaba sus reproches y mofas, cabizbajo y en silencio, por temor hacia él y porque no me atrevía a replicarle, ya que las consecuencias hubieran sido nefastas para mí.

Los únicos profesores con los que simpatizaba eran mi profesor de latín y griego, don Gonzalo, y mi profesor de francés, monsieur Gérardin. Don Gonzalo era un sacerdote enjuto y pelirrojo con unas gafas de montura redonda con el que nos reuníamos los cuatro estudiantes de letras por las tardes después del refectorio para nuestras clases de latín y griego. Yo era adepto a las lenguas y me fascinaba estudiar la guerra de las Galias de Julio César y las *Catilinarias* de Cicerón en latín y los *Diálogos* de Platón y el evangelio de san Lucas en el original griego, junto con el estudio de la gramática avanzada del latín y los componentes de la gramática griega con sus complejas declinaciones y su elaborado sistema verbal y sintaxis. Para mí, y para mis tres compañeros de letras, las dos horas que pasábamos con don Gonzalo en su estudio situado en el último piso del edificio donde estaba la biblioteca, rodeado de libros clásicos y antiguos,

edicones ALIAR

Comenzar de cero final.indd 28 05/01/2021 14:59:02

eran los momentos más genuinamente dichosos de un centro que veíamos como el epítome de la opresión.

A diferencia de otros profesores del colegio, don Gonzalo nos hablaba siempre con deferencia y respeto y nos comunicaba lo que sabía sobre esas dos lenguas extraordinarias sin ninguna arrogancia ni prepotencia, sino como el que aspiraba a participar con nosotros en un proceso para compartir el saber que él había adquirido con su esfuerzo. A él le debo mi fascinación por las palabras, por sus orígenes y su sentido más espiritual y profundo, vinculado con las antiguas mitologías y creencias. Le debo el haberme introducido a Virgilio y *La Eneida*, y a los rotundos y bellos versos de ***La Ilíada*** de Homero, que yo en ese momento no entendía plenamente en todas sus dimensiones, pero que han permanecido conmigo por el resto de mi vida. Con don Gonzalo sentí por primera vez de manera intensa y duradera el significado de la comunidad de sentimientos y emociones que pueden crear la literatura y el arte.

Monsieur Gérardin era un sacerdote nacido en Francia que hablaba en un español fluido y correcto, pero con un notable acento francés que se advertía sobre todo en la pronunciación de las eses y las erres y la acentuación aguda de la mayoría de las palabras. Sus frases eran así como: «un pianó muy bonitó y grrandé que fale (por vale) muy cagó…» y frases similares que hacían que sus estudiantes no lo tomaran en serio y se mofaran de él. Además, esnifaba tabaco con regularidad mientras daba la clase. Su acento y pronunciación y los movimientos regulares para abrir la cajita con los polvos de tabaco para aspirarlos por la nariz hacían que muchos de los estudiantes se rieran de él y no aprendieran casi nada en sus clases.

M. Gérardin me apreciaba y elogiaba por mi buena pronunciación en la que era su lengua materna y por mi interés en la literatura de su país, que aprendíamos en un volumen de *Histoire de la littérature française* de tapas duras a todo color que comprendía la literatura francesa desde *La Chanson de Roland* hasta mediados del siglo xx. De esos diez siglos de historia literaria, a Balzac apenas llegamos y de Flaubert y Zola y toda la literatura posterior del siglo xx no

ediciones ALIAR

Comenzar de cero final.indd 29 05/01/2021 14:59:03

recibimos siquiera la menor mención. Además, obviamente, en esa trayectoria prolongada y extensa, saltábamos por encima referencias peligrosas y arriesgadas en extremo como Montaigne, y todos los maestros del *Siècle des Lumières*, desde Rousseau a Voltaire, incluyendo Montesquieu y La Rochefoucauld. Lo mismo ocurría con el Romanticismo, del que nuestro profesor expurgaba los nombres inconvenientes, como Victor Hugo y Lamartine, para concentrarse en Chateaubriand. Lo que quedaba de aquel largo y denso periplo literario y cultural era un sumario simplificado de autores que carecían de mayor interés para nosotros en ese momento.

M. Gérardin nos daba un dictado diario y luego nos hacía leer y traducir algún texto breve que entresacaba de algún libro o antología. Mientras nos leía de la página de un texto que él había entresacado del libro, seguía aspirando su mezcla de tabaco que sacaba de la cajita metálica. En mi mente de adolescente, aquel acto me parecía una transgresión sorprendente porque lo veía como un modo de ceder a la presión de la gratificación de los sentidos en un medioambiente en el que nos habían instruido que la tentación de los sentidos debía ser resistida siempre y poniéndole todo tipo de obstáculos y barreras. Sus clases eran por la tarde después del refectorio y el recreo y llegábamos cansados y sudados al aula, lo que era una buena excusa para dormitar mientras oíamos la voz de M. Gérardin repetir algunos fragmentos de *Génie du christianisme* de Chateaubriand que no entendíamos en absoluto y que no nos explicaba porque nos aseguraba que aquellos eran grandes autores de la literatura francesa con los que teníamos que familiarizarnos primero a nivel lingüístico antes de poder llegar a entenderlos. El autor que me gustaba en particular era Saint-Exupéry, de quien nos leía fragmentos de *Le petit prince* y de sus viajes y aventuras por lugares exóticos de África y otras tierras.

Lo que M. Gérardin no hacía es conversación o francés hablado porque en esa época se consideraba todavía que las lenguas debían enseñarse de una manera pasiva, para leer y traducir, no para comunicarse con los demás. No obstante, a pesar de esos obstáculos,

ediciones ALFAR

Comenzar de cero final.indd 30 05/01/2021 14:59:03